

nes imaginarios, ¿qué digo? por haber profesado doctrinas que eran más verdaderas que las creencias de sus verdugos (1).

Bolingbroke vivió mucho tiempo en Francia, y vió la moral teológica en acción. Allí se consideraba, dice, como un crimen grave el comer huevos durante la cuaresma, si el obispo no daba permiso. Si algún fiel hubiese faltado al más esencial de sus deberes morales, el sacerdote hubiese podido concederle la absolución, y el culpable la hubiese conseguido sin gran trabajo. Pero comer un huevo, cuando tal vez no tenía otra cosa que comer, es un crimen irremisible, porque es despreciar á la Iglesia, y despreciar á la Iglesia es peor que matar á su padre y á su madre (2). «He visto, añade Bolingbroke, que el hombre más inmoral recibía, al morir, su pasaporte para el cielo, con tal que se sometiese á la ceremonia de los sacramentos; mientras que aquel que había cumplido con todos los deberes que la moral prescribe, pero que se desdénaba de representar la comedia al morir, era arrojado á un muladar, como pasto, según decían, para los demonios. Y es que la manera de alcanzar la salvación en los países cristianos consiste en creer cosas increíbles, tonterías y absurdos, como podrían imaginarlos las magas de los salvajes; además se pasa por ciertos actos mágicos, el bautismo, la eucaristía, la extremaunción: es imposible que os salveis, si un necio de sacerdote no os ha lavado y untado con aceite, aún cuando fueseis inocente como el niño que acaba de nacer, aún cuando fueseis tan moral como Sócrates» (3).

¿Hacían mal los deistas al rechazar semejante religión y sostener que la verdadera religión consiste en la moral? De todos los deistas, Shaftesbury es el que más insiste sobre el aspecto moral de las creencias religiosas. Sus críticas, aunque encubiertas, se dirigen al cristianismo. «La virtud no es virtud, dice, sino en cuanto encuentra en sí misma un motivo de obrar. Escuchad, por el contrario, á los cristianos, y creeréis que os encontráis en una feria; no se ocupan más que de la retribución, como si las buenas

(1) COLLINS, *Discurso sobre la libertad de pensar*, p. 166-171.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. II, p. 327.

(3) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. V, p. 196 y sig.

acciones fueran un crédito y Dios el deudor del hombre virtuoso. En verdad, dice Shaftesbury, á fuerza de hablar de la recompensa que espera á la virtud, no veo qué recompensa pueden merecer las buenas acciones hechas exclusivamente para alcanzar esta recompensa. El bien que se hace obedeciendo á un cálculo cualquiera es puro egoísmo, y ¿el egoísmo no vicia el bien? El temor de la pena es todavía un sentimiento más vil; rebaja al hombre al nivel del animal; el hombre que se abstiene del mal, ó que hace lo que la religión le ordena, por temor al infierno, no difiere mucho del mono que salta por temor al azote de su amo. Shaftesbury dirige otra censura más á la moral religiosa: hace observar que las palabras amistad, patriotismo, no se encuentran en el Evangelio. ¿Significa esto que no son virtudes? El hombre que se sacrifica por su amigo, el ciudadano que muere por su patria, ¿no encontrarán un lugar en el cielo? «Si los libros santos no hablan de esto, responde el deista inglés, es sin duda porque estas virtudes están puras de todo egoísmo: ¿qué sería la amistad que se vende, el amor de la patria que mendiga una recompensa?» La burla encubre una acusación seria. Esto quiere decir que el cristianismo, religión del otro mundo, no conoce tampoco más que las virtudes del otro mundo. Shaftesbury no dice todavía todo su pensamiento. El verdadero cristiano, el perfecto, no conoce la amistad ni el patriotismo, porque éstos son vínculos que lo unirían á este mundo, y él no es de este mundo, es ciudadano de la celeste Jerusalén. Hay más. La caridad, que es la virtud cristiana por excelencia, le prohíbe todo afecto particular: lo ha dicho un santo, un Padre de la Iglesia, Basilio, y ha prohibido, por consiguiente, á sus monjes toda relación de amistad como un crimen. En el cielo de los cristianos no hay afectos particulares. ¡Dios nos libre de esta perfección celeste! (1).

Los ortodoxos dirigen la censura contraria á los deistas y á los libres pensadores; y es que no conocen el principio de la verdadera moral, puesto que ignoran el amor de Dios. Entendámonos. Ciertamente, los filósofos no conciben el amor de Dios como los cristianos;

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 82 y sig.; t. II, p. 44 y sig.—Véanse mis *Estudios sobre el cristianismo*.

no creen que por amor de Dios sea preciso huir del mundo, encerrarse en una celda ó retirarse á un desierto. Para ellos, amar á Dios es amar á los hombres, y amar á los hombres es trabajar en su perfeccionamiento. «El mejor medio, dice Shaftesbury, de amar á sus semejantes es darles la libertad, la libertad de pensar y la libertad política, porque sin libertad el hombre es un esclavo, esclavo de la ignorancia y de la supersticion, ó esclavo de un tirano; estas dos servidumbres van juntas y mutuamente se acompañan. Ahora bien, ¿se puede pensar en perfeccionar el espíritu humano, cuando se encadena la razon? Trabajemos, pues, por emancipar á los hombres de las cadenas que los sujetan» (1).

Hé aquí unas palabras nobles que nos llevan á una moral, á una religion, completamente diferentes del cristianismo tradicional. Los defensores del cristianismo alaban su caridad, su amor á Dios; no ven que esa caridad y ese amor engendran el egoísmo más brutal. ¿Cuál es el ideal más sublime que han concebido los más santos entre los discípulos del cristianismo? Estar solos con Dios y no vivir más que en Dios. ¿Preguntaremos qué es del amor de los hombres en esta soledad? El verdadero cristiano responderia que ante todo debe trabajar en su salvacion; responderia además que no olvida á sus semejantes, que los ama en Dios y que hace oracion por ellos. ¿Qué le importa despues de esto el mundo, la libertad de pensar y la libertad política? Prueba, dicen los deistas, de que la caridad cristiana no es más que egoísmo, y como todo egoísmo, el egoísmo cristiano no conoce siquiera sus verdaderos intereses. Los cristianos, que tanto hablan de salvacion, no saben lo que es la salvacion. Shaftesbury dice con razon que no hay moralidad sin desarrollo intelectual; la salvacion exige, pues, que el pensamiento sea libre, y ¿cómo ha de serlo, si el hombre es esclavo? ¡Libertad, libertad! exclaman los deistas ingleses, ésta es la primera condicion de la salvacion. Permanezcamos, pues, en el mundo, y trabajemos por perfeccionarlo. Esta es la condicion de nuestro perfeccionamiento individual. Hé aquí una concepcion muy diferente de la del cristianismo. No tiene todavía en los deistas la claridad, la evidencia que despues ha adquirido. Esta

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 319.

es la causa de su debilidad. Siguen en pos del ideal de la felicidad. Esta idea debe ser sustituida por la del desenvolvimiento de nuestras facultades. Cuando haya arraigado en la conciencia general, la religion quedará trasformada.

N.º 4. — *Apreciacion del deismo.*

El deismo dió por resultado una trasformacion del cristianismo. En este sentido los deistas pueden llamarse cristianos, lo mismo que los protestantes avanzados de nuestros tiempos. Bajo el punto de vista de los ortodoxos, son los enemigos del cristianismo, y por consiguiente enemigos de toda religion, puesto que para ellos no hay más religion que el cristianismo tradicional. Es cierto que los deistas destruyen los fundamentos de la revelacion milagrosa; si, pues, fuera cierto que la fe fuese por su esencia sobrenatural, sería exacto decir que el deismo la destruye. Despues de la lucha que acabamos de presenciar, no puede haber duda alguna sobre este punto. Los deistas empezaron contemporizando con el cristianismo, se presentaban como más cristianos de lo que eran, pero acabaron por formular terminantemente la incompatibilidad absoluta entre la razon y la fe revelada. Dodwell dice lo mismo que Bayle: «Es preciso escoger: si sois creyente á la manera de la Iglesia, guardad vuestra fe y no penseis en apoyarla en la razon, ó se arruinará.» Bayle habia deducido de aquí la consecuencia de que era preciso imponer silencio á la razon y atenerse á la palabra de Dios. No fué esta la consecuencia de los deistas: «Puesto que la oposicion es radical, dicen, irremediable, es menester abandonar esa fe quimérica y atenerse á la razon» (1).

Esto es racionalismo puro. Se concibe, pues, el furor de los ortodoxos contra los deistas. Ya en el siglo XVII, cuando el deismo estaba aún naciente, Pascal lo condenó con violencia. «La Iglesia, dice, aborrece casi de la misma manera el deismo y el ateísmo. ¿Por qué? Porque los deistas conocen y sirven á Dios sin media-

(1) DODWELL, *Christianity not founded* (1742). — LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 412 y sig.